

# Los fragmentos 1 y 31 de Safo y su traducción por José Musso Valiente

ESTEBAN TORRE  
Universidad de Sevilla

Pocas cosas hay más útiles que el estudio comparativo de las traducciones, para percibir mejor las bellezas de los originales y seguir los pasos de la poesía y de la lengua.

M. MENÉNDEZ PELAYO<sup>1</sup>

La feliz iniciativa de un grupo de estudiosos, encabezados por el doctor José Luis Molina Martínez, de dar a conocer la vida y la obra de José Musso Valiente (1785-1838) ha culminado en la reciente edición de las *Obras*, en tres volúmenes, del ilustre lorquino. Disponemos ahora de un fácil y bien documentado acceso a la ingente aportación filológica de este consumado humanista, entre la que destaca sin duda alguna su brillante actividad como latinista y helenista.

La dedicación de Musso Valiente al estudio y a la traducción de la literatura clásica data de fechas muy tempranas. Se le ha atribuido, en efecto, la autoría<sup>2</sup> de unas *Traducciones de varias obras de Quinto Horacio Flaco y de algunas Elegías de Publio Ovidio Nasón* (Imprenta Real, Madrid, 1798), que habría publicado con

---

1 M. Menéndez y Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, CSIC, 1952-1953, t. I, pág. 281.

2 Aunque la consigna Palau (nº 116086), no parece muy probable tal autoría. José Luis Molina Martínez ("Introducción" a J. Musso Valiente, *Obras*, Ayuntamiento de Lorca-Universidad de Murcia, Murcia, 2004, vol. I, pág. 60) hace constar su fundada reserva, ya que el propio Musso no cita esa obra como suya ni en el *Diario* ni en el *Memorial de la vida*.

sólo trece años de edad. Aunque tal atribución resulta ser algo problemática, lo cierto es que el propio Musso Valiente, que comenta en el *Diario de 1829*<sup>3</sup> algunas de las *Odas* de Horacio, se declara traductor de varias de ellas. De la oda III del libro I, en concreto, nos dice que, siendo joven, la tradujo en octavas reales.<sup>4</sup> Tradujo asimismo la oda X, sáfico-adónica, cuando era colegial,<sup>5</sup> también en versos sáficos y adónicos. Igualmente hace mención en el *Diario* de sus versiones de las odas VI,<sup>6</sup> VII<sup>7</sup> y XIII.<sup>8</sup>

Desde muy joven, desde niño, comenzó así pues Musso Valiente a traducir a los clásicos grecolatinos. Entre los manuscritos autógrafos, clasificados por su autor, que se conservan en la *Biblioteca de Menéndez Pelayo*,<sup>9</sup> en Santander, aparecen traducciones y observaciones sobre Anacreonte, Safo, Catulo, Cicerón, Demóstenes, Esopo, Homero, Herodoto, Jenofonte, Píndaro, Tucídides, Luciano. Del *Ajax* de Sófocles existen dos versiones incompletas, una en prosa y otra en verso. El *Heautontimorúmenos* de Terencio se encuentra traducido en verso castellano. Don Marcelino Menéndez Pelayo, que considera a José Musso como un helenista y latinista egregio, uno de los más estimables de la primera mitad del siglo XIX,<sup>10</sup> da puntual noticia de la traducción de las odas III, VI y XXXI del libro I, y de dos versiones de la oda XVI del libro II, una de ellas en estrofas sáfico-adónicas. Reproduce esta última en su integridad, haciendo constar que es parangonable con la traducción de Manuel María de Arjona, y que contiene estrofas “verdaderamente inmejorables”.

Entre las traducciones poéticas de José Musso, creo que merecen ser destacadas las versiones de los fragmentos 1 y 31 de Safo, no sólo por su perfección formal, sino también por el significativo puesto que ocupan en el proceso traductológico de dichos poemas. Como es sabido, Safo, junto con Alceo, representa el punto culminante de la poesía coral y monódica, que se desarrolló en la isla de Lesbos, cercana al Asia Menor. Safo nació probablemente hacia el 630 en Éreso, aunque la mayor parte de su vida transcurrió en Mitilene, ciudades ambas de la isla de Lesbos. Se sabe asimismo que Safo –pequeña y morena– perteneció a una familia aristocrática, que estuvo casada, que fue madre al menos de una hija, lla-

3 Vid. J. J. Musso Valiente, *cit.*, 2004, vol. I, pág. 75 y sigs.

4 *Diario de 1829*, 1 de marzo.

5 *Ibíd.*, 22 de marzo.

6 *Ibíd.*, 7 de marzo.

7 *Ibíd.*, 8 de marzo.

8 *Ibíd.*, 25 de marzo.

9 Para facilitar su estudio, han sido convenientemente informatizados en CD-ROM, que el doctor Molina Martínez ha tenido la amabilidad de proporcionarme.

10 Vid., M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, CSIC, Madrid, 1951, t. VI, págs. 578-579.

mada Cleis, y que sufrió el destierro en Sicilia entre los años 604 y 595. Educada en el lujo y en el culto a la belleza y al refinamiento, fundó en su propia casa —la “casa de las servidoras de las Musas”— una especie de escuela o tertulia erótico-literaria a la que acudían muchachas nobles, no sólo de Lesbos, sino también de la vecina Jonia. Sus más íntimos sentimientos —el amor, los celos, la añoranza, relacionados casi siempre con las jóvenes de su entorno, son los motivos que fundamentalmente inspiran su exquisita poesía.

De su dilatada obra, que comprendía unos 12000 versos, nos han llegado diversos fragmentos; pero sólo uno representa un poema completo: el *Himno a Afrodita*, fragmento 1, preservado por el texto de Dionisio de Halicarnaso (*De compositione verborum*, 173-9). La estructura de esta composición tuvo una gran influencia en la historia universal de la poesía, ya que introduce la que habría de ser denominada *oda sáfico-adónica*, formada por estrofas que constan de tres endecasílabos sáficos y un pentasílabo adónico, y que sería imitada en la literatura latina por poetas de la relevancia de Catulo (*Carm. 51*, que vierte a la lengua latina el Fr. 31) y Horacio (*Carm. 2, 10*), y también en las literaturas modernas, entre ellas la española, a partir de Esteban Manuel de Villegas.

Para situar las traducciones de José Musso Valiente en su contexto histórico, hemos de tener en cuenta sus precedentes más inmediatos: los hermanos José y Bernabé Canga-Argüelles, José Antonio Conde y José de Castillo y Ayensa. De todos ellos nos da oportuna noticia Menéndez Pelayo en su *Biblioteca de traductores españoles*.<sup>11</sup> No incluye en la nómina a Musso Valiente, aunque sí lo menciona en tres ocasiones: como biógrafo de Leandro Fernández de Moratín,<sup>12</sup> a propósito de un soneto que le dedica Alberto Lista<sup>13</sup> y como traductor de Sófo-cles<sup>14</sup>.

Los hermanos José y Bernabé Cangas-Argüelles publican en 1796 varios poemas de Safo,<sup>15</sup> precedidos de una sucinta nota biográfica. El fragmento 1<sup>16</sup> está traducido en correctos versos endecasílabos sáficos, con exacta acentuación en las

11 Vid. M. MENÉNDEZ PELAYO: *Biblioteca de traductores...*, cit., t. I, págs. 269-286, 328-334 y 342-380; y t. II, págs. 368-370.

12 *Ibid.*, t. III, pág. 384.

13 *Ibid.*, t. II, pág. 336.

14 *Ibid.*, t. I, pág. 89.

15 *Obras de Sapho, Erinna, Alcman, Stesícoro, Alceo, Ibico, Simónides, Bachilides, Archiloco, Alpheo, Pratino, Menalípides. Traducidas del griego en verso castellano por D. Joseph y D. Bernabé Canga-Argüelles*, Sancha, Madrid, 1796, págs. 1-17.

16 He aquí una actual y exacta traducción castellana del fragmento, absolutamente literal y en prosa, debida al doctor Francisco Rodríguez Adrados: “Inmortal Afrodita de bien labrado trono, hija de Zeus trenzadora de engaños, yo te imploro, con angustias y penas no esclavices mi corazón, Señora. Ven en vez de eso aquí, si en verdad ya otra vez mi voz oíste desde lejos y me escuchaste, y abandonando la mansión del padre, viniste, el áureo carro luego de uncir: bellos, veloces gorriones

sílabas 4ª y 8ª. El acento en la primera sílaba, para cada uno de los pentasílabos adónicos, se encuentra asimismo escrupulosamente respetado:

Sagrada Venus, cuyo santo numen  
 en varios pueblos tiene incienso y aras,  
 hija de Jove, y de amorosas tramas  
 dulce maestra.  
 Ruégote yo que no me des tormento  
 con duros males, con mortal tristeza;  
 tú que escuchaste alguna vez la ardiente  
 súplica mía.  
 Y abandonando la dorada casa  
 de tu gran padre, desde el alto asiento,  
 a mis amores descender solías  
 blanda y afable.  
 Sentada, ¡ay me!, sobre un brillante carro,  
 del cual tiraban delicadas aves,  
 que hendían el aire con las negras alas  
 rápidamente.  
 Y tú, bañada de una afable risa,  
 me preguntabas por mi mal piadosa,  
 y por qué tanto fervorosamente  
 yo te llamaba.  
 Por qué tan triste en mi dolor gemía;  
 a quién tentaba enamorar, y quiénes  
 mal me trataban. "Dime, ¿quién te agravia,  
 mísera Safo?  
 Que si te huye, volverá al momento,  
 dará regalos, lejos de admitirlos,  
 y amará luego, si de amor no siente  
 cándida llama."

---

te trajeron sobre la tierra negra, batiendo con vigor sus alas desde el cielo por en medio del éter. Presto llegaron: y tú, diosa feliz, sonriendo con tu rostro inmortal me preguntabas qué me sucedía y para qué otra vez te llamo, y qué es lo que en mi loco corazón más quiero que me ocurra: "¿A quién nuevo esta vez a sujetarse a tu cariño? Safo, ¿quién es la que te agravia? Si ha huido de ti, pronto vendrá a buscarte; si no acepta regalos, los dará; si no te ama, bien pronto te amará, aunque no lo quiera." Ven, pues, también ahora, líbrame de mis cuitas rigurosas; y aquello que el corazón anhela que me cumplas, cúmplemelo, y tú misma sé mi aliada en la batalla." *Vid.* F. RODRÍGUEZ ADRADOS: *Lírica griega arcaica (poemas corales y monódicos, 700-300 a.C.)*, Gredos, Madrid, 1980, págs. 354-355.

Ven, pues, ahora y compasiva acorre,  
líbrame ya de los cuidados graves,  
y favorece los ardientes votos  
de este mi ruego.

La traducción, como ya dije, es impecable desde el punto de vista estrictamente métrico. No obstante, quisiera hacer resaltar algunos extremos, en especial en lo que atañe a la posterior comparación con el texto de Musso. La inmortal Afrodita, que en el original griego aparece como poseedora de un trono de variados colores, esto es, un trono artísticamente decorado, en la traducción de los hermanos Canga-Argüelles es una Venus sagrada, que recibe la adoración de varios pueblos. Afrodita, la urdidora de enredos, pasa a ser maestra de amorosas tramas. Los bellos pájaros, o gorriones, que tiran de la divina carroza y la llevan hacia la oscura tierra, son ahora delicadas aves de negras alas.

En 1797, un año después de la edición de Canga-Argüelles, tiene lugar la de José Antonio Conde.<sup>17</sup> Esta vez los cauces métricos que se siguen son los del romancillo o endecha, con versos heptasilábicos, de los que riman en asonante sólo los pares. He aquí algunos párrafos:

Divina Venus bella,  
de la espuma nacida,  
hija inmortal de Jove,  
que las tiernas caricias  
y amorosos engaños  
suavemente inspiras,  
que en tronos variados  
y con veste florida  
te recreas, oh Diosa,  
oye las voces mías,  
y mi pecho no domes  
con ansias y cuitas.[...]  
Unciendo el áureo carro,  
bajabas conducida  
de las ligeras aves  
que veloces movían  
las presurosas alas

---

<sup>17</sup> *Poesías de Saffo, Meleagro y Mosco, traducidas de griego por D. Joseph Antonio Conde*, Oficina de D. Benito Cano, Madrid, 1797, págs. 3-32.

y hacia la denegrida  
morada de los hombres  
el claro Éter hendían.[...]

En la versión de Conde, la inmortal hija de Zeus se recrea en tronos variados y es suave inspiradora de tiernas caricias y amorosos engaños. Ligeras aves conducen el áureo carro hacia la denegrida morada de los hombres. En lo que concierne al contenido, la traducción es tal vez más fiel que la de Canga-Argüelles. Pero, como advierte certeramente Menéndez Pelayo, en esa retahíla del romancillo de Conde se ha perdido por completo el alto vuelo lírico de las estrofas sáficas. Es posible, escribe don Marcelino, que opinen de distinto modo “los que tienen por cosa puramente externa el ritmo en la poesía”.<sup>18</sup>

José de Castillo y Ayensa publica en 1832 sus traducciones de Safo.<sup>19</sup> Es probable que, por estas fechas, tuviera ya escritas sus propias versiones José Musso Valiente. El *Himno a Afrodita* de Castillo y Ayensa es como sigue:

Hija de Jove, sempiterna Cipria,  
varia y artera, veneranda Diosa,  
oye mis ruegos: con letales ansias  
no me atormentes.  
Antes descende, como en otro tiempo  
ya descendiste, la mansión del Padre  
por mí dejando, mis amantes votos  
plácida oyendo.  
Tú al áureo carro presurosa uncías  
tus aves bellas, y a traerte luego,  
de sus alitas con batir frecuente  
prestas tiraban.  
Ellas del cielo por el éter vago  
raudas llegaban a la tierra oscura;  
y tú, bañando el inmortal semblante  
dulce sonrisa:  
“¿Cuál es tu pena, tu mayor deseo  
cuál?”, preguntabas. “Para qué me invocas?  
¿A quién tus redes, oh mi Safo, buscan?  
¿Quién te desprecia?

18 M. MENÉNDEZ PELAYO: *Biblioteca de traductores...*, cit., t. I, pág. 354.

19 *Anacreonte, Safo y Tirteo, traducidos del griego en prosa y verso por Don José del Castillo y Ayensa, de la Real Academia Española*, Imprenta Real, Madrid, 1832, págs. 184-193.

¿Húyete alguno?: seguirate presto.  
 ¿Dones desdeña?: te dará sus dones.  
 ¿Besos no quiere?: cuando tú le esquivas,  
 ha de besarte.”  
 Ven y me libra del afán penoso,  
 ven, cuanto el alma conseguir anhela  
 tú se lo alcanza, y a mi lado siempre,  
 siempre combate.

En el texto de Castillo, la sempiterna hija de Júpiter es varia y artera. La variedad de colores en el trono de Afrodita se transfiere así a la varia actividad de la diosa. Menéndez Pelayo apunta que la palabra castellana *artera* se adapta muy bien al original griego, en el sentido de *mañosa, forjadora de engaños*. En cambio, opina que el adjetivo *dorado* o *áureo* no corresponde a la carroza de oro, al áureo carro, sino a la mansión del padre.<sup>20</sup> Para Castillo, son bellas aves las que llevan el carro a la tierra oscura. Estas aves son concretamente gorriones en el original griego; pero, como advierte don Marcelino, esa voz sería poco poética en castellano.<sup>21</sup>

Veamos ahora la versión de José Musso Valiente. Como las de Castillo y Canga-Argüelles, está redactada en estrofas sáfico-adónicas:

De varios tronos Reina, eterna Venus,  
 hija de Jove, augusta, en trama docta,  
 no el pecho mío de dolor ni pena  
 ruégote oprimas.  
 Ven amorosa desde el alto cielo,  
 mi clamor oye, que escuchabas antes  
 y a mí venías, el paterno alcázar  
 áureo dejando.  
 Al carro presas, por el aire puro,

20 En la traducción de Rodríguez Adrados (Vid. nota 16), el adjetivo *áureo* califica al carro de Afrodita y no a la mansión del padre Zeus. Denys Page, máxima autoridad en la materia, habla asimismo en su versión inglesa de un carro de oro (*golden chariot*) y no adscribe por tanto el adjetivo a la casa del padre (*father's house*). Se plantea este autor el problema en sus comentarios, y manifiesta finalmente su preferencia por esa alternativa, si bien la otra lectura sería también aceptable desde un punto de vista puramente sintáctico. Vid. D. PAGE: *Sapho and Alcaeus*, Oxford University Press, Oxford, 1955, págs. 4-7. Por el contrario, Théodore Reinach, en su versión francesa, opta por atribuir el adjetivo a la casa o mansión de Zeus (*la demeure dorée*). Vid. TH. REINACH: *Alcée, Sapho*, Les Belles Lettres, París, 1966, pág. 192.

21 M. MENÉNDEZ PELAYO: *Biblioteca de traductores...*, cit., t. I, pág. 332.

te conducían tus hermosas aves  
 en vuelo leve las oscuras alas  
 presto batiendo.  
 Y al descender, suave y dulce riso  
 mostrando, oh diosa, el eternal semblante,  
 por qué te invoque -tierna preguntabas-,  
 qué me afligía:  
 “¿De ti qué espera al frenesí entregado  
 el pecho triste? ¿A quién armar intento  
 red amorosa? ¿Quién, por aventura,  
 Safo, te ofende?  
 Si de ti huye, seguirate ansioso;  
 si esquivas dones, dártelos ha luego;  
 si no te ama, te amaré rendido;  
 y lo que mandes.”  
 Ven, y me acoge, y de roedor cuidado  
 líbrame pía; cuanto el alma anhela  
 cumplirse, cumple; y, en mi pugna, seme  
 ayudadora.

Musso inaugura su bien ajustada serie de endecasílabos sáficos con un rotundo pentámetro yámbico: *De varios tronos, Reina, eterna Venus*. El acento no sólo afecta aquí a las sílabas 4ª, 8ª y 10ª, sino que también se extiende a la 2ª y a la 6ª, es decir, a todas las sílabas pares. El verso siguiente lleva asimismo acentuada la sílaba 6ª, además de la 4ª, la 8ª y la 10ª. Más adelante, serán estas tres últimas las sílabas de mayor relieve acentual: *Ven amorosa desde el alto cielo*. Es de advertir que, para Musso, como para otros autores, es suficiente el acento de la sílaba 4ª para que el endecasílabo pueda ser clasificado entre los sáficos. Con todo, considera que para una correcta eufonía se precisa otro acento más, ya sea en la sílaba 6ª, ya en la 8ª, preferentemente en esta última.

Me ocuparé de esta cuestión más adelante. Ahora, y en relación con las versiones de Canga-Argüelles, Conde y Castillo, podemos ver que la de Musso no desmerece en nada. La traducción es muy similar, tanto en los aciertos como en los errores. Como Conde, que nos hablaba de los tronos variados de la diosa, Musso hace también mención de *varios tronos*. Si Afrodita era para Canga-Argüelles maestra de amorosas tramas, para Musso es asimismo experta en intrigas, *en trama docta*; y si las delicadas aves de la carroza hendían el aire con sus negras alas, ahora son *hermosas aves* las que baten igualmente sus *oscuras alas*. No aparece, por otra parte, en la traducción de Musso el *áureo carro* de Conde y de Castillo, sino la *dorada casa* de Canga-Argüelles, que ahora es *alcázar áureo*.

Pero el poema más conocido de Safo es, sin duda, el fragmento 31,<sup>22</sup> transmitido por el Pseudo-Longino (*Sobre lo sublime*, 10), que está redactado también en estrofas sáfico-adónicas. Se describen en él los *efectos del amor*, la angustia de ver a la amada en alegre conversación con un hombre, feliz mortal al que se considera dichoso como un dios. El Pseudo-Longino, al estudiar la selección y la acumulación de los rasgos descriptivos como medio para conseguir la elevación del estilo, cita como ejemplo el poema de Safo, y se admira de la habilidad con que sabe seleccionar y combinar los síntomas más intensos y sorprendentes. Safo, en efecto, describe perfectamente los síntomas fisiológicos de la pasión que siente cuando ve que su amada está charlando y riendo en compañía de un hombre: se le ahoga la voz, la visión se le nubla, le zumban los oídos, palidece, siente frío y calor a un mismo tiempo. “Todos los enamorados experimentan estos síntomas –escribe el autor del tratado *Sobre lo sublime*–; pero la elección de los más destacados, como antes decía, y su reunión en un todo, han conseguido una obra maestra.”

La versión de los hermanos Canga-Argüelles de este fragmento es como sigue:

Igual a un dios se me aparece en todo  
 aquel mortal que junto a ti sentado  
 de cerca escucha cómo dulcemente  
 hablas y cómo  
 dulce te ríes: lo que a mí del todo  
 dentro del pecho el corazón me abrasa,  
 y un recio ruido en la garganta asido  
 muda me deja.  
 Se ata la lengua, y por las venas corre  
 rápido fuego que me enciende y quema;  
 pierdo la vista, y mis oídos luego  
 dentro me zumban.  
 Toda yo tiemblo; de sudor helado  
 toda me cubro, y desfallezco. Entonces  
 pálido el rostro y sin aliento, casi  
 muerta parezco.

22 La traducción de Rodríguez Adrados es como sigue: “Me parece igual a los dioses aquel varón que está sentado frente a ti, y a tu lado te escucha, mientras le hablas dulcemente, y mientras ríes con amor. Ello en verdad ha hecho desmayarse a mi corazón dentro del pecho: pues si te miro un punto, mi voz no me obedece, mi lengua queda rota, un suave fuego corre bajo mi piel, nada veo con mis ojos, me zumban los oídos, brota de mí el sudor, un temblor se apodera de mí toda, pálida cual la hierba me quedo y a punto de morir me veo a mí misma.” *Vid.* F. RODRÍGUEZ ADRADOS: *Ob. cit.*, págs. 361-362.

La traducción es excelente, si bien se pierden en ella algunos rasgos coloristas del original, tales como la palidez *verdosa como la hierba* del rostro, de la que sólo se retiene el adjetivo *pálido*. Por otra parte, se trata de una copia casi literal, aunque mejorada, de la traducción realizada con una anterioridad de más de medio siglo por Ignacio de Luzán (1702-1754):<sup>23</sup>

A los celestes dioses me parece  
 igual aquel que, junto a ti sentado,  
 de cerca escucha cómo dulcemente  
 hablas, y cómo  
 dulce te ríes: lo que a mí del todo  
 dentro del pecho el corazón me abraza,  
 mas ¡ay! que, al verte, en la garganta un ñudo  
 de habla me priva.  
 La lengua se entorpece, ya por todo  
 mí cuerpo un fuego rápido discurre,  
 de los ojos no veo, los oídos  
 dentro me zumban.  
 Toda yo tiemblo, de sudor helado  
 toda me cubro; al amarillo rostro  
 poco faltando para ser de veras  
 muerta, parezco.

En verdad, y en palabras de Menéndez Pelayo, “los hermanos Canga hicieron botín suyo la traducción de Luzán”.<sup>24</sup> Con todo, las mejoras son realmente llamativas, tanto en el estilo, mucho más fresco y fluido en la versión de Canga-Argüelles, como en la métrica. En la traducción de Luzán, encontramos algún endecasílabo, como el primero de la tercera estrofa (*la lengua se entorpece, ya por todo*), que de ninguna manera puede considerarse como sáfico. La corrección de Canga (*Se ata la lengua, y por las venas corre*) es, a todas luces, acertada.

La versión de Conde, al igual que advertíamos en relación con el *Himno a Afrodita*, abandona la majestuosidad de la oda sáfica, para hacer nuevamente uso de una ligera serie de heptasílabos arromanzados:

23 Se publicó en el *Parnaso Español*, t. IV, pág. 171, y está reproducida en el tomo LXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

24 M. MENÉNDEZ PELAYO: *Biblioteca de traductores...*, cit, t. II, pág. 368.

Feliz y venturoso  
cual un dios me parece  
quien un instante solo  
cerca de sí te tiene,  
que tu dulce hablar oye,  
que los encantos siente  
de tu amorosa risa,  
la que mi pecho enciende.  
Mi corazón palpita  
y agitado se mueve,  
y mi turbada lengua  
se traba y enmudece.[...]

Castillo y Ayensa, respetuoso con la solemne arquitectura del original helénico, consigue unas estrofas ciertamente duras, pero bien cinceladas:

Lesbia, las dichas de los dioses prueba  
este mancebo cabe a ti acostado,  
este que goza de tu hablar suave,  
de tu sonrisa.  
¡Mírolo! Triste el corazón entonces  
ríndese opreso, de repente falta  
voz a mis fauces, mi trabada lengua  
tórñase muda.  
Súbito siento que sutil discurre  
dentro mis venas ardorosa llama,  
huye la vista de mis ojos, zumban  
ya mis oídos.  
Toda me cubro de sudor helado,  
más amarilla que la yerba quedo,  
tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo  
débil suspiro.

Musso Valiente, además de una versión poética, nos ofrece una ajustada traducción literal, en prosa, del poema:

Paréceme que es igual a los dioses aquel varón que se sienta enfrente y escucha cerca a la que habla dulce y ríe amable, lo cual me abrasa el corazón dentro del pecho. Así que te vi, párase la voz sin venir a la

garganta, antes bien la lengua se traba y tal vez corre inmediatamente por mi cuerpo sutil fuego, nada veo con los ojos y me zumban los oídos. Báñame sudor frío, temblor se apodera de mí toda, y quedo más pálida que yerba seca. Faltándome ya poco para morir, parece que he perdido el aliento.

La traducción en verso de Musso Valiente no sólo no desmerece de las anteriores, sino que incluso las supera. La fidelidad al texto original es absoluta. Sustancialmente, ni se quita ni se añade nada:

Se iguala, cierto, aquel a las deidades  
 varón que, a dicha suya, ante esos ojos  
 se sienta y, cerca a la de dulce habla,  
 dócil atiende  
 a la de riso amable: y en mi pecho  
 violento late el corazón ansioso;  
 que la voz mía en la garganta, al verte,  
 párase muda.  
 La lengua en tanto túrbase, en mis venas  
 súbito corre penetrante fuego,  
 negado se han a ver los ojos, zúmban-  
 me los oídos.  
 Riega los miembros sudor frío, treme  
 el cuerpo todo: pálida, cual yerba;  
 y, ya vecina a despedirse el alma,  
 pierdo el aliento.

Una exquisita factura neoclásica alienta sin desmayo a lo largo de todo el poema, desde la clasicista cláusula inicial, de estructura hiperbática (*Se iguala, cierto, aquel a las deidades / varón*), hasta el cierre rotundo del último pentasílabo adónico (*pierdo el aliento*). Algún endecasílabo (*súbito corre penetrante fuego*) puede tomarse como el más acabado modelo del verso sáfico. Tradicionalmente, se le exigían al endecasílabo sáfico ciertos requisitos, además de llevar acentuadas las sílabas 4ª, 8ª y 10ª. A saber: a) que hubiera también acento en la 1ª sílaba, b) que el acento de la 4ª recayera siempre sobre palabra llana y c) que no existiera sinalefa entre la última sílaba de esta palabra y la inicial de la siguiente.<sup>25</sup>

25 Vid. E. TORRE: *Métrica española comparada*, 1ª reimp., Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 2002, pág. 82.

A decir verdad, tales condiciones se cumplen sólo en el citado verso, segundo de la tercera estrofa, y en el primero de la cuarta (*Riega los miembros sudor frío: treme*), si bien en éste la existencia de acentos consecutivos en las sílabas 7ª y 8ª podría suscitar algún reparo en un metricista puntilloso. Pero, en realidad, las referidas normas teóricas rara vez se respetan en la práctica métrica. Por otra parte, la variedad de ritmos flexibiliza la línea melódica, como puede apreciarse en algún endecasílabo con acentos en las sílabas 2ª, 4ª y 6ª (*La lengua en tanto túrbase, en mis venas*), o en el pentámetro yámbico, con todas las sílabas pares acentuadas (*Negado se han a ver los ojos, zumban*).

Es preciso tener en cuenta, además, los criterios que conforman los fundamentos métricos de Musso Valiente. Para el helenista lorquino, según nos dice en su breve ensayo *Del arte métrica castellana comparada con la francesa*, existen seis formas diferentes del endecasílabo,<sup>26</sup> de acuerdo con la distribución del acento, que puede incidir en distintas sílabas: 6ª sobre palabra llana (*Sin dardo ni zagaya va seguro*), 6ª sobre palabra aguda (*Campos de soledad, mustio collado*), 4ª (*Con la memoria de mi desventura*), 4ª y 6ª (*A ti del cielo esfuerzo generoso*), 4ª y 8ª (*Plácida ruina de la noche umbrosa*) y 4ª, 6ª y 8ª (*Cuanto más alto sube, viene al suelo*). Según Musso, los versos de esta última especie se llamarían también sáficos. En otro lugar,<sup>27</sup> considera como sáficos a todos los endecasílabos acentuados en la 4ª sílaba, si bien advierte que un endecasílabo con sólo esta sílaba acentuada no le suena bien, porque su oído requiere acento también en otra, “que por lo regular es la 8ª”:

“Como nuestra versificación nada tiene que ver con la latina, acomodando en lo posible los sáficos en ésta a nuestra lengua, hemos convenido en llamar tales a los endecasílabos que se acentúan en la 4ª sílaba, en cuyo caso, vuelvo a decir, se necesita otro acento, ora en la 6ª, ora en la 8ª, que será mejor.”<sup>28</sup>

Don Marcelino Menéndez Pelayo, en sus comentarios a las traducciones de Canga-Argüelles, Conde y Castillo, concede una gran importancia a la acentuación de los endecasílabos sáficos en las sílabas 4ª y 8ª, y pide licencia para “echar su cuarto a espadas”, presentando debidamente acentuado “el siguiente ensayo de interpretación, que es, al cabo, *uno más* en la serie”:<sup>29</sup>

26 Vid. J. MUSSO VALIENTE: *Ob. cit.*, vol. II, págs. 298-299.

27 *Observaciones sobre los tres folletos de D. Sinibaldo de Mas y Sanz acerca de la prosodia castellana*, en J. MUSSO VALIENTE: *Ob. cit.*, vol. II, págs. 258-266.

28 *Ibid.*, pág. 260.

29 M. MENÉNDEZ PELAYO: *Biblioteca de traductores...*, *cit.*, t. II, pág. 370.

Igual parece a los eternos Dioses  
 quien logra verse junto a ti sentado,  
 aquel que goza tu palabra suave,  
 suave tu risa.  
 Mas ¡ay! que al verlo el corazón se oprime,  
 falta la voz a mi trabada lengua,  
 fuego sutil que por mis venas cunde  
 rápido crece.  
 Vagan sin rumbo los inciertos ojos,  
 densas tinieblas por doquiera veo  
 y en mis oídos resonar escucho  
 ronco zumbido.  
 Cúbrome toda de sudor helado,  
 pálida quedo cual marchita yerba,  
 y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte  
 tiemblo, me muero.

Permítaseme, por último, recoger el brindis de don Marcelino, y en cumplido homenaje al ilustre polígrafo, helenista y humanista don José Musso Valiente, meter baza también en este juego traductológico con mis propias versiones de los fragmentos 1 y 31 de Safo:<sup>30</sup>

*Himno a Afrodita (Fr. 1)*

Diosa Afrodita, de irisado trono,  
 hija de Zeus, enredadora, escúchame:  
 deja latir mi corazón, oh Reina,  
 libre de angustias.  
 Y ven aquí, como viniste un día  
 en que escuchabas mi llorar de lejos,  
 y, abandonando la mansión del Padre,  
 me complaciste.  
 Rápida unciste tu carroza de oro:  
 pájaros bellos, a través del aire,  
 la transportaban a la oscura tierra  
 desde los cielos.

---

30 Vid. E. TORRE: *La poesía de Grecia y Roma: Ejemplos y modelos de la cultura literaria moderna*, 1ª reimp., CSIC-Universidad de Huelva, Huelva, 2001, págs. 68-75.

Raudos llegaron; luego, tú, Dichosa,  
con la sonrisa en tu divino rostro,  
me preguntaste que por qué quería  
que tú vinieras,  
y, en la locura de mi corazón,  
qué deseaba más tener: "Ay, Safo,  
¿a quién reclamas para tus amores?  
¿Quién te desaira?  
Pues si te esquivas, pronto irá a buscarte;  
si no recibe, te dará regalos;  
si no te ama, pronto te amará,  
aunque no quiera."  
Sí, ven de nuevo: líbrame de angustias,  
colma con creces cuanto yo deseo  
para colmar mi corazón; tú misma  
sé mi aliada.

*Efectos del amor (Fr. 31)*

Juzgo dichoso como un dios al hombre  
que está sentado frente a ti, y escucha  
el dulce arrullo que, al hablar, despiertas  
con tus palabras,  
y con tu risa encantadora; tiene  
mi corazón estremecido, porque  
si yo te miro sólo un breve instante,  
quedo sin voz:  
duerme mi lengua, por mi cuerpo corre  
un tenue fuego, de mis ojos huye  
toda visión, con mis oídos oigo  
sólo un zumbido.  
Un sudor frío me recubre: tiemblo,  
estoy a punto de morir, se tinte  
pronto mi piel de palidez verdosa  
como la hierba.

